LA CALLE

DIARIO DE UN ESPECTADOR

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

A la maestra con cariño



Quizá haya quienes recuerden la película en que Sidney Poitier (¿alguien lo recuerda a él?) hizo de profesor de secundaria. Su título en inglés fue To Sir, with love. En España lo tradujeron como Rebelión en las aulas. Y en México se llamó Al maestro con cariño, más a tono con el sentido original.

Si la cinta no dejó memoria perdurable (porque data de 1967), la frase del título se quedó como patrimonio colectivo, que se usa con frecuencia. Cada quince de mayo, por ejemplo. Como hoy.

El Día del maestro tiene un origen diferente del Día de la madre. Como recordamos aquí, a las mamacitas se las festeja siguiendo una costumbre previamente establecida en Estados Unidos, que entre nosotros surgió con ánimo comercial. En cambio, el homenaje al personal docente se originó en la Cámara de Diputados. Dos de sus miembros presentaron una iniciativa de ley, que se cumplió por primera vez en 1918, cuatro años antes que el primer Día de las Madres.

La imposición verbal del machismo conduce a una cierta falsedad. No debía llamarse el de hoy Día del maestro, sino Día de la maestra. Se trata de un oficio femenino. Y aunque hay un sector importante de profesores, la gran mayoría de quienes enseñan son mujeres. Un estudio reciente, realizado por la fenecida Fundación SNTE para la cultura del maestro mexicano (¡de nuevo la discriminación en el género!), indica que en el Distrito Federal casi el 80 por ciento del magisterio está compuesto por mujeres, y apenas un poco más de veinte por ciento son varones.

Seguramente el ejemplo no vale, porque se trata de algo ocurrido hace mucho tiempo. Pero en la escuela primaria a la que asistió este espectador, todo el personal era femenino. Había algunas presencias masculinas, pero sólo sobrevolaban la zona, es decir impartían clases aledañas al plan de estudios. Así era entonces la educación física, cuyo enseñante era Ricardo Pedroza, o la música, cuyo profesor era un tenor, Juan Castañeda, a quien acompañaba el pianista Raúl Osorio.

De allí en fuera, sólo maestras. Herlinda se llamaba la de primer grado. Quizá por el prolongado tiempo transcurrido, quizá porque este espectador sólo permaneció un mes en ese curso, su apellido cayó en la desmemoria. En cambio, recuerda bien a las restantes. La de segundo se llamaba (se llama, pues aún vive) Guadalupe Mejía. La profesora Lupe, como era conocida, quizá no llegó a su oficio por vocación, pues maltrataba a sus escolares. Disponía en su escritorio una panoplia de proyectiles, que lanzaba sin ánimo juguetón, agresivamente, contra los niños que se distraían o la distraían.

En cambio, la profesora de tercer año era un ángel. Su nombre fue Carmen Alvarado. Apenas hace unos meses, quizá un año, que falleció. Era guapa y alegre. El espectador supone que a sus ocho años, de ella experimentó la primera sensación de mujer, cuando con calidez ella lo abrazaba para celebrar alguno de sus éxitos. Poseía la colección de México a través de los siglos, el compendio histórico que lanzaron los liberales del siglo XIX, y muchas tardes invitó a ese niño a permitirle hojear las láminas de los grandes volúmenes. Fue una fiesta saber, y disfrutar, que habiéndose encariñado con el grupo, solicitara continuar al frente del mismo, como maestra de cuarto año. Esos fueron, por consecuencia, dos cursos gratos, gratificantes, productivos, porque la maestra Alvarado trataba a sus alumnos de barriada polvosa como si fueran escolares de Eaton.

Lo contrario fue la profesora de quinto año, Margarita Rivas. Era descuidada con ella misma y con los niños puestos a su cuidado. Por fortuna, el sexto año era atendido por María García, la de mayor edad entre todas, cuyo rigor era atemperado por una dulzura que no fluía libremente pero estaba allí.

A esas maestras, con cariño.